

La Batalla de Montjuïc segons Francisco Manuel de Melo, escriptor, noble i militar portuguès que fou testimoni de la batalla formant part de l'exèrcit de Felip IV

.....salió el Velez al dia siguiente, y ordenó de nuevo que su vanguardia en buena disposicion avanzase todo lo posible hasta los lugares de Molins de Rey, San Feliú y Esplúgas, donde pretendia dar forma de-batalla á su campo, segun la accion en que asentase que debia ser empleado. Mandó adelantar sus esquadrones, segun hemos referido, y sin dificultad ninguna se hizo dueño de todos los pueblos y tierra de aquel contorno: no se topaba de parte del contrario defensa alguna y ni habia batidores ó centinelas que procurasen descubrir sus movimientos: toda la tierra parecia triste y llena de silencio, de cuya quietud inferian los Españoles el temor de sus contrarios, todo lo interpretaban dichosamente: es costumbre del deseo errar siempre el juicio en las figuras de los sucesos prósperos.

54. Hallábase ya acuartelado el ejército en los pueblos vecinos á Barcelona, adonde habiendo llegado el Velez, entendió no debia fiar una cosa tan grande de solo su arbitrio: quiso justificarse con su ejército, obligado no ménos de su modestia, que de otros vivos pensamientos que no le dexaban afirmar en ninguna resolucion, porque á la verdad su espíritu jamas le dió esperanza de la victoria. Temia interiormente, y procuró ayudarse de los hombros de muchos, ó sus esperanzas para llevar el peso de la contingencia. Es esta la mayor usura de los políticos, obrar solos aquellas cosas de que se satisfacen, por no repartir la gloria del acierto con ninguno, y ayudarse de otros en aquellas que temen, por descargarse con ellos de la vergüenza que sigue á los ruines acontecimientos.

55. Llamó á consejo los primeros y segundos cabos de su campo y otras algunas personas, cuya intervencion podia ser provechosa para el acierto, ó para la justificacion: llamó á D. Luis Monsuar, Bayle General de Cataluña, hombre muy confidente á su rey, (como atras habemos dicho) y en extremo en todas las cosas públicas y particulares del principado: hizo tambien llamar á D. Francisco Antonio de Alarcon del Consejo Real de Castilla, á quien el Conde Duque habia enviado (debaxo de otros pretextos) como para fiscal de las acciones del Velez. No habia en el Alarcon parte ninguna suficiente para lo que se trataba; empero mucha disposicion para ser creido por su boca el gran desvelo, con que el Velez procuraba los buenos sucesos: juntos, entónces dixo así.

56. *Que pues la buena fortuna, guiada de la justificacion del rey, los habia traido vencedores tan cerca del lugar, donde los delitos pasados clamaban religiosamente por castigo, faltaba solo discurrir en el modo mas conveniente de la venganza (si así podian llamarse los efectos del justísimo enojo d su monarca): que ya habian conocido en muchas experiencias el poco valor de aquellas gentes miserables (en fin como faltos de razon), pues en aquellos dias fueron tantas las victorias, quantas las veces que se pusieron á vencerlos: que la espada de aquel ejército, ya pendiente sobre el cuello de Barcelona, estaba tambien destinada para castigo de otras provincias: que el tardar en el primer golpe era retardarse la gloria del segundo triunfo: que allí no iban á mas que á ensayarse para mayores cosas: que haberse contentado con pequeños hechos, era desojarse los copiosos laureles que los aguardaban: que todo España, todo Europa y todo el mundo estaba mirando atentísimamente sus sucesos: que ya era menester darles satisfaccion á la esperanza de los amigos y á las dudas de los neutrales: que muchos en la ciudad, depositando la fé en el silencio ó temor, no esperaban mas que ver tremolar las banderas Reales, para levantar una gran voz en favor de España: que de la misma suerte los obstinados, por ventura que esta misma diligencia aguardasen para reducirse, dando así alguna disculpa á su mudanza: que esto no podia ser dudoso, pues donde la resistencia les convidaba con el sitio, ellos no habian atinado á defenderse, ni parece que lo solicitaban, segun todo lo perdian sin pérdida.*

57. Templó luego con gran destreza el orgullo, á que vanamente podian inducir sus razones, porque sin duda parece, que en estos casos pende de la boca del caudillo el temor ó aliento de los súbditos.

Puso no sin cuidado, ántes las consideraciones apacibles, por dar á entender á los que escuchaban, que su lengua le ministraba primero aquellos afectos, que primero topaba en el corazon; ó fué tambien traerles últimamente á la memoria sus peligros, deseando que los tuviesen mas cerca de los ojos, al tiempo que se determinasen: él no amaba ni elegia lo que alabó, ántes sentia lo contrario, y añadió luego.

58. *Que ninguno debia arrojar al precipicio por ver precipitado al que pasó delante: que no les obligase á torcer ó encubrir alguna parte de su sentimiento el haber entendido, que su ánimo apetecia aquella empresa: que midiesen atentamente las fuerzas del ejército, y su disposicion con la multitud de aquel pueblo y obstinacion de aquella ciudad: que tampoco tuviesen por infalibles las señales de recibir sus armas y aclamar su nombre, porque en la astucia de los afligidos no hay promesa imposible ni segura: que si se les ofrecia otro modo mas acomodado de castigo que la batalla ó sitio, lo practicasen: que él sabia de su rey, que mas deseaba el acierto que la venganza: que los alborotos presentes de España pedian atentísimo juicio cerca de los empleos de sus armas, porque siendo muchas las ocasiones y uno el poder, era menester no ofrecerle á casos dudosos.*

59. Mandó luego que hablase públicamente el Gobernador de Monjuich, caballero catalan, que la noche ántes mas obligado del temor que de la fidelidad se pasó al ejército Católico: informó en público de las cosas; particularmente de su castillo y de otras de la ciudad facilitándolas, como es uso en los que pretenden lisonjear y persuadir.

60. Callado este, ordenó el Velez se leyese públicamente la carta de su rey y las órdenes del Conde Duque sobre el negocio de Barcelona; todo encaminado á las prontas ejecuciones. Instaba el Conde en la expugnacion, prometia el suceso, facilitaba los inconvenientes, y mostrábales el modo de la segura victoria: en fin la disponia y juzgaba sin otro fundamento que su deseo vivo en cada palabra y letra.

61. No hay juicio tan experto que ántes de la experiencia comprehenda el ser de las cosas; muchos, ni aun despues del estudio lo han conseguido. El favor de los príncipes puede hacer los hombres grandes, pero no cientos: algunos fundados en aquella gracia del Señor como se ven superiores á los otros en la fortuna, piensan que lo son tambien á la misma fortuna: el que subió ignorante al magistrado, ignorante caerá del magistrado: los hombres le aplauden y lo engañan, la suerte los aborrece y escarmienta, ellos le suben sobre ella, y él se arroja desde allá despues de subido. Erradamente suele mandar todo, el que primero no mando á pocos y obedeció á algunos; mas ¡qué erradamente dispone los ejércitos, el que no ha manejado los ejércitos!: palabras estudiadas y bien compuestas no son mas que sonido deleytable, sueño al príncipe que las escucha, poco despues precipicio del principado: ninguno vence desde su retrete (bien que desde allí mande) contra la supersticiosa fé de un político: la guerra, animal indómito, jamas acabó de obedecer al azote, quanto mas al grito. Son testigos los ojos de Europa de que en aquel célebre bufete, tan venerado de la adulacion española, se han escrito muchas mas sentencias de perdicion, que instrucciones de victorias.

62. Oian prontamente los del consejo todas las razones referidas del Velez, y ninguno ignoraba ó desconocia los fines de cada qual: no hubo entre ellos hombre que seguramente entrase en aquella misma resolucion, de que tampoco dudó ninguno, porque todos temian lo mismo que su mayor temia, y como ménos poderosos humillábanse mas presto á la direccion de aquel que los mandaba. Sabian que Barcelona estaba en defensa: terraplenada su muralla: capaz toda de artillería, y con mas de cien cañones alojados en forma suficiente: llena de hombres desesperados: socorrida de soldados viejos, y no desamparada de cabos expertos: suya la mar, los puestos importantes ocupados y defendidos, los vasallos fieles al rey pocos y encubiertos, abundantísima la plaza de bastimentos. De otra parte miraban su ejército ya disminuido en infantería y caballería por la hambre, por la guerra y por la enfermedad; y principalmente por las muchas guarniciones que iban dexando atras: el enemigo á las espaldas con poder considerable de gente y en su pais: el paso de Martorell poco seguro para la retirada: mucha gente bisoña, toda hambrienta: el manejo de las provisiones casi imposible: el mar no defendido: pocas galeras y mal armadas: en los cabos alguna desconformidad:

los socorros de Castilla, Aragon y Valencia lentos y apartados; todo los ponía en gran desconfianza.

63. El Garay pretendió á los principios se hiciese la guerra por Rosellon (como habemos dicho): todavia proseguía en su parecer, nunca se acomodó al sitio de Barcelona por aquella parte; consentíalo forzado, ó respetoso. El Torrecusa juzgábalo ordinariamente: entendía que la empresa no era mas de sitiar una ciudad grande, cuya defensa no podría ser larga. Xeli mostraba alguna dificultad en el sitio, creyendo que el poder no era proporcionado. El Oidor Alarcon instaba porque se cumpliesen las órdenes Reales: los Catalanes que seguían al ejército, también incitaban por la recuperacion de Barcelona, no mirando ni discurriendo mas que sobre sus intereses. De los cabos menores, algunos eran de parecer se dexase la ciudad (conforme al antiguo del Garay), y que el ejército vagase por la provincia: que destruyese los campos y lugares cortos, sin detenerse en cosas de mucha dilacion y lidia: que el enemigo sin ejército capaz les dexaba libre el campo donde se podían mantener, y dentro en los pueblos apretarlos de tal suerte, que los mismos naturales pidiesen sobre sí el castigo.

64. El Velez no se desviaba mucho de esta opinion; pero el silencio de los tres cabos Torrecusa, Garay y Xeli le quitó la osadía para resistirse á los mandamientos del rey. Fué resuelto por todos, que el ejército se mejorase hasta el lugar dicho Sans, media legua de Barcelona, que la ciudad se intentase, que se reconociese Monjuich como lugar principal de la expugnacion, y que las fortificaciones de afuera llegasen á ser acometidas, porque con verdad se entendiese su fuerza: que últimamente, manifestándose la justicia Real con todas las gentes del mundo, segunda vez fuesen los Catalanes convidados con el perdon, porque jamas se pensase que el rey de su parte habia faltado con alguna diligencia de padre, ú oficio de Señor piadoso.

65. Con esto marchó el ejército hasta el lugar señalado, y se gustó todo aquel día en reconocer los puestos, avenidas y partes por donde la ciudad debia ser embestida. Encargóse de esta diligencia el Torrecusa con otros algunos oficiales en corto número. La grandeza del mando no desvia los riesgos, ántes los solicita. No se excusó jamas de ningun peligro por dar satisfaccion á su cargo; y mas á su opinion entre Españoles, con quienes vivía siempre poco confiado.

66. Habíase últimamente entendido y propuesto la disposicion de la empresa como les era posible; y entónces pareció conveniente enviar la carta propuesta á la ciudad; final protextacion por la conciencia del rey y que habia de ser excusa de los daños propinquos. Despachóse con un trompeta segun forma de la guerra.

67. Contenia en nombre del Velez, que hallándose con el ejército Real sobre aquella ciudad, queria darse por obligado á advertirles que la órden de su rey y sus propios designios eran solo castigar los perturbadores de la paz pública: que le recibiesen como á ministro de justicia, y no como caudillo: que la clemencia católica, aunque ofendida de los excesos pasados, les ofrecia perdon y quietud, y estaba pronto á recibirlos como á hijos: que de esta suerte se podría remitir la saña de un ejército, que jamas suele parar en ménos daños que en la ruina universal en honras, vidas y haciendas: que habriesen los ojos, y mirasen su peligro: que se compadecia como cristiano, los amonestaba como amigo y los aconsejaba como natural é hijo de su provincia, y uno de los mas interesados en su bien y conservacion.

68. Acompañaba la carta del Velez á otra del rey escrita con gentil artificio, porque encaminándose también al perdon, aunque firmada en aquellos últimos días, quando ya no parecia decente, su data era muy anterior, mostrando haber sido escrita en aquel tiempo en que las cosas merecian tratarse de otra suerte.

69. Era en estos días grandísima la turbacion en la ciudad, afligida de los malos sucesos pasados, y temerosa del poder y fortuna que la estaba amenazando: recurrían todos á Dios con ayunos, oraciones y abstinencias: las manos de los sacerdotes no dexaban las mañanas de obrar sacrificios apacibles al Señor; y las tardes no cesaban sus lenguas de persuadir al pueblo tristísimo la enmienda y penitencia de la vida.

70. Llegó en medio de estos desconsuelos comunes el pliego del Velez, que les causó no pequeña

novedad y mayor cuidado, quando por aquella diligencia se conocia que sus contrarios no habian olvidado los instrumentos de la industria allí dentro de su mayor fuerza. Empezaron á temerse de nuevo de ellos y de sí mismo; tan cuidadosos contra el arte, como contra la fuerza.

71. Juntáronse en concejo, y leidas públicamente las cartas, hallaron que no tenian nada que prometerse de un ánimo, que solo procuraba endulzar los oidos ignorantes con palabras pias, por hallar mejor medio á la violencia y crueldad. Respondieron de comun parecer, que los progresos del ejército no daban lugar á que le esperasen en su favor; ántes para desolacion de la patria: que no habia modo de creer una fe, de que las obras eran tan diferentes: que sus manos en las ocasiones pasadas se habian visto igualmente crueles en los que se entregaban, y los que se defendian: que el que caminaba á la quietud, no se acompañaba de estruendos y escándalos: que apartase de sí las armas, y seria obedecido; porque entónces se conoceria que lo negociaba el amor y no el miedo: que este debia ser el primer paso de la concordia, y que habiendo de ser tal el medio de la paz, ¿cómo podria dificultarlo siendo cristiano, amigo y natural?

72. Disponia el Velez entretanto su ejército, como quien no esperaba cosa de aquella diligencia; pero habiendo recibido el último desprecio en la respuesta de la Ciudad (ordenó con parecer de los cabos) que de todos los tercios se entresacasen dos mil mosqueteros, á satisfaccion de los que habian de mandarlos: que de estos se formasen dos esquadrones volantes, de que se dió cargo al Maestre de Campo D. Fernando de Rivera y al Conde de Tiron, Maestre de Campo de Irlandeses: que los dos subiesen la montaña de Monjuich por ambos costados: que el primero le atacase por la parte izquierda entre la campaña y fuerte de la eminencia, y el segundo por entre la ciudad y la montaña: que á estos esquadrones siguiesen ocho mil infantes, que se alojasen en forma de batalla por la falda del monte, mejorándose quanto fuese necesario á los volantes: que el San Jorge con sus batallones ocupase la parte mas llana de aquel costado para cubrir toda esta gente: que lo restante de la infantería se reduxese á esquadrones de la forma que el terreno diese lugar; y que con este trozo se hiciese frente á la ciudad: que la caballería de las órdenes poblase un vallete que podria servir de avenida sobre el cuerno izquierdo, y desde allí procurase cortar la caballería enemiga, si acaso se aventurase á salir contra los esquadrones: que el teniente Chavarria tomase con algunas piezas un puesto, que se juzgaba acomodado para batir el fuerte: que el general y su corte se detuviesen en el Hospitalet: que despues de arrimados los volantes al fuerte hiciesen todo lo posible por ganarlo, socorriéndolos todos los tercios de la vanguardia: que el dueño y cabeza de esta accion fuese el Torrecusa, propio Maestre de Campo general del ejército: que el Garay gobernase como tal la otra parte de él, correspondiéndose y ayudándose unos á otros, conforme lo pedia la importancia del caso.

73. Igualmente desesperaron de la concordia los Catalanes, luego que recibieron la carta del Velez: pareciolos habia llegado el último aprieto de su miseria: temieron el fin de aquel gran negocio, y aunque ya (segun las cosas) parecia sin fruto, volviéron á llamar su concejo sabio, si quiera para perderse (si se perdiesen) como cuerdos. Juntáronse en número de doscientos votos, y entónces, mas como en conferencia que concejo, habiendo exclamado primero sobre su peligro, manifestaron los Diputados la cortedad de sus fuerzas, la potencia contraria, la opresion de una guerra dilatada, el estrago de una venganza apetecida de tantos dias, la intencion de su enemigo y la justicia de su patria.

74. Ministrábales entónces el dolor quantas consideraciones olvidaron al principio; resolviendo últimamente que la república se hallaba incapaz de defenderse por sus fuerzas solas: engañábales el espanto, porque en el estado presente ellos no podian sino entregarse, ó defenderse. Oyéronse unos á otros con asaz confusion, mezclando las lágrimas del temor con las del enojo; en fin se conformaron.

75. Que ellos se hallaban en uno de los casos que las leyes ponen, en que á la república pueda ser lícito excusarse del imperio del Señor natural, y elegir otro, segun los mismos fueros de la naturaleza: que el pretexto del ejército era solo la destruccion universal del principado, abrasando sus campañas, arruinando sus pueblos, consumiendo sus tesoros, vituperando sus honores y

últimamente reduciendo la Ilustre nacion Catalana á miserable esclavitud: que á fin de conseguir su castigo, les convidaba el rey con la honestidad de los partidos, disimulándose en todos el enojo que los movia, por lo qual no solo decíanles, era lícito rehusar como violentísimo y tiránico el cetro de Felipe, sino que tambien debian nombrar y escoger un príncipe justo y grande, á quien entregar la proteccion de su principado: que ninguno por virtud y por grandeza podia ser mas dignamente dueño y amparo de su nacion, que la Magestad Cristianísima de Luis Décimo Tercero del nombre, Rey de Francia, Grande, Justo y vecino; y á quien las razones antiguas de su origen sin falta habian de inclinar á la estimacion y agradecimiento, de tales vasallos.

76. Habian precedido algunas pláticas del Plesís y Serriñan, que ingeniosamente mostraban la felicidad de la corona de Francia, haciéndolos entender que toda aquella quietud los aguardaba á trueco de tan suave cosa, qual era el entregarse á su imperio. Fué aquel dia, todo del temor, mas ni por eso dexó de tener su parte el interes, tocando los corazones de algunos: juzgaban estos, que con el nuevo Señor no solo se aseguraban de la indignacion del pasado, mas que tambien sobre propicio les habia de ser oficioso, porque es costumbre de los que nuevamente suben al reynado honrar y engrandecer los instrumentos que le sirviéron al principio.

77. Otros pensaban que con la mudanza del dominio mudarian tambien de fortuna, igualando y excediendo aquellos que no igualaban en el estado presente; como natural cosa en la rueda que vuelve y ministra la fortuna de los reynos, al menor giro baxar la superficie con que miraba al cielo, y subir á su lugar la que tocaba al polvo

78. Llevados de este general aplauso los Catalanes, se levantó en el concejo una voz comun, aclamando, por Conde de Barcelona á Luis el Justo, Rey de Francia, y detestando juntamente el nombre de Felipe; entónces juntos los Diputados, Oidores y Consellers hicieron escribir un papel de la justicia de su aclamacion, convidando á la posteridad con las justificaciones, de su hecho calificado- en famosas razones políticas y morales: escribiéron juntos al rey aclamado: avisaron al pueblo, que recibió el nuevo príncipe y gobierno fácil y alegre.

79. Diéron luego como en posesion de su provincia, parte en las direcciones y acuerdos públicos á los cabos franceses, con que se hallaban: nombráron tres para el gobierno universal de las armas: eran el Tamarit, el Conseller en Cap de Barcelona y el Plesís. Formáron su Consejo de guerra, donde llamáron al Serriñan, fray. D. Miguel de Torrellas, Francisco Juan de Vergós, y Jayme Damiá. En las estancias, baluartes y fortificaciones pusiéron cabos franceses y catalanes, todos hombres de confianza qual se pretendia: la fuerza de Monjuich entregáron á Monsieur de Aubiñí, y guarneciéronla con nueve compañías de gente miliciana, que todas constaban de hombres comunes: á esta se juntaban algunas de su mejor infantería del tercio de Santa Eulalia y el Capitan Cabañas con hasta doscientos miquelets; y lo que entre todo venia á ser de mayor importancia, eran tres cientos soldados viejos franceses, que se habian recogido para aquel efecto de diferentes tropas y tercios de los que entráron en el país.

80. Los Franceses, hombres de valor y práctica, acudian sin perder punto al manejo y expedicion de las varias ocurrencias y negocios, que cada instante eran de mayor peso y peligro: no cesaban de visitar las defensas, de amonestar la gente y animarla, de recibir y mandar órdenes á todo el país, de allanar dudas y conformar competencias. En fin ellos con gran diferencia de lo pasado disponian las cosas como propriamente suyas, que en aquella parte no les engañó su esperanza á los Catalanes.

81. Hallábase en Tarrasa el Conseller tercero, y por aquellos pueblos retirada la mayor parte de la infantería que se escapó de Martorell, á quien se enviáron órdenes, para que recogiendo toda su gente y comboyando otra, baxase sobre Barcelona luego que tuviese noticia que el enemigo habia asentado allí sus Reales, porque no tuviese lugar de fortificarse seguro en ninguna parte; aun ellos no pensaban de su furia de los Españoles tanto, que temiesen la súbita embestida.

82. De la misma suerte se le ordenó al Margarit se fuese á Monserrate, y desde allí ocupase todos los pasos convenientes para estorbar los socorros del ejército Real, y aun su misma retirada, si ellos se hubiesen en necesidad de seguirla.

83. Dispuestas así las cosas de una y de otra parte, amaneció el día sábado veinte y seis de Enero del nuevo año de quarenta y uno, mostrándose sereno el cielo y claro el sol, quizá por darles exemplo de quietud y mansedumbre al furor de los hombres.

84. Á la seña de un clarin comenzó á moverse todo el ejército, en aquella forma que se habia ordenado por sus cabos: así tendido por toda la campaña, representaba á los ojos tan hermosa vision, quanto lamentable al discurso. Tremolaban los plumages y tafetanes vistosamente: relucian en reflexos los petos en los esquadrones: oíanse mover las tropas de los caballos con destemplado rumor de las corazas: los carros y bagages de la artillería ordenados en hileras á semejanza de calles, figuraban una caminante ciudad populosa: las caxas, pífanos, trompetas y clarines despedian todo el temor de los bisoños, dándole á cada uno nuevos brios y alientos: el órden y reposo del movimiento del ejército aseguraba el buen suceso de su empresa; el corage de los soldados prometia una gran victoria.

85. El Velez en tanto alegrísimo de ver sus gentes, y la felicidad con que se halla Quiñónes ya cercano á la cosa para que allí era venido, mandó hacer alto á los suyos, y llamando para junto á su persona los que podian escucharle, dixo.

86. Aunque la costumbre militar nos enseñe ser provechosas las razones del caudillo ántes del acometimiento, yo no veo que ahora pueda ser necesario, porque ni la justificacion de la causa que aquí os ha traído, se puede olvidar á ninguno, ni tampoco hay para que acordaros (ó Españoles) aquel excelente afecto de vuestro valor, que son las dos principales cosas, que en tales casos se suelen traer á la memoria de los combatientes. De lo uno y otro son testigos vuestros ojos y vuestros corazones, aquellos mirando la rebeldía contraria que os presenta esa miserable ciudad, y experimentando estos los continuos impulsos de vuestro zelo. Yo por cierto tan ageno me hallaba ahora de persuadiros, que á no ser por respetar el uso de esta humana ceremonia de la guerra, excusara como desórden el deteneros aquí, creyendo que cada instante que os detengo en esta obra, os estoy á deber de gloria y fama. Ni discuro por su desaliento de los contrarios, que podeis medir por su delito, ni por la gran ventaja con que nos hallamos en todo á su partido, porque ya empecé á deciros que no han de ser mis palabras, sino vuestra razon el móvil que arrebatte los movimientos de vuestro espíritu; solo os debo advertir que, si la suerte no quisiera acomodarse á dispensarnos sin sangre la victoria, no os debe costar mucho cuidado á los que faltareis el amparo de las prendas que dexeis en la vida, porque la piedad, la grandeza y la promesa de vuestro rey os puede justamente aliviar este peso; que es todo lo que cabe en el poder de los hombres cerca de la correspondencia con los que acaban. De mí oso á deciros que habré de ser compañero á los vivos y amigo á los muertos, y que si á costa de qualquier daño mio se pudiese excusar vuestro peligro, habré yo de ser el primero que me ofrezca á él por cada qual de vosotros.

87. Ya las últimas palabras de este razonamiento se oían medio confundidas de las voces de los soldados, que en diferentes cláusulas sonaban por todas partes, clamando y pidiendo la vida de su Rey y de su General y el castigo de sus contrarios. Echáron casi todos los sombreros al ayre en un mismo tiempo; señal comun de alegría y conformidad en los ejércitos, y volviendo á su primer movimiento, en breve espacio de tiempo llegaron á asomarse los batidores á vista de Barcelona por la cruz cubierta, que mira al portal de San Antonio.

88. La ciudad, habiéndolos reconocido, tambien comenzó á crecer en ruido tal, tan furioso y melancólico, que bien informaba de la gran causa de que procedia. Entónces el Tamarit con los Mariscales Plesís y Serriñan, que se hallaban reconociendo los puestos, viendo que los seguia mucha gente, y que su tristeza revelaba la gran duda en que se hallaba su ánimo, juzgando ser conveniente darles algun aliento, hizo seña de querer hablarlos, y fué fama les dixo así.

89. Si dudais, (valerosos Catalanes) por la condicion de la fortuna, yo creo teneis razon; pero si mostrais temer las fuerzas que os amenazan, vano y ocioso es vuestro rezelo: vecino está vuestro mayor enemigo: veislo allí, detras de aquella montaña se esconde la ruina de vuestra patria: veis allí está el gran vaso de veneno que presto se pondrá en vuestras manos: escoged, Señores, si lo quereis beber para morir infamemente, ó si arrojarlo haciéndole pedazos, en que consiste vuestra

vida: todo se verá presto en vuestra eleccion y de lo que estuviere por cuenta de Dios, bien podemos contarnos por seguros, que no correrá peligro. Volved sobre vosotros, que este gigante es hueco (ó á lo ménos estatua de bálago): muchas de sus tropas bisoñas, algunas desarmadas y todas oprimidas: ninguno pelea por amor; el que mas hace, viene; el que mas desea, se vuelve hallando por donde; el que mas sabe, no es obedecido: su rey ausente, su General con pocas experiencias, sus cabos enemigos, hambriento todo el campo, manchado de pecados, y sus espíritus llenos de propósitos torpes, su justicia ninguna, y lo que es mas, la suerte de aquel rey cansada de favorecerlo. ¿Qué es lo que temeis, sino que no lleguen presto y que se os escape de las manos este triunfo? Por vosotros está la razon: hoy habeis de acabar el grande edificio de la libertad que habeis levantado: hoy se ha de dar la sentencia en que se publicará al mundo vuestra gloria ó vuestra infamia: á este dia se dedicáron todos los aciertos que obrasteis hasta ahora; punto es este en que se definirá á la posteridad vuestro nombre, ó por libertador ó fementido: aguardad y sufrid constantes los golpes del contrario, que no se os ha de dar barata la gloria de este dichoso dia. Si os atemoriza el ver que han vencido hasta aquí, esa es mas cierta señal de su próxima ruina. Si creeis á mis palabras, luego vereis mis acciones: yo no soy de los que procuraran reservarse para el premio, capitan quiero ser de los muertos, y si no os hago falta, yo quiero ser el primero que os falte: si no me hallareis entre vosotros, buscadme allá entre los enemigos. Una sola cosa os pido entrañablemente, que guardéis en esta ocasion la observancia de las órdenes militares, y que mas quiera cada qual ser cobarde en su puesto, que valiente en el ageno, porque de la consonancia de los constantes y los osados pende la armonia de la victoria. Con vosotros teneis la fortuna de César, de César no, que es poco; pero del mayor rey de los cristianos, del mas venturoso de los vivientes: no es este solo el que os ha de defender. ¿Qué otra tosa ha querido mostraros el cielo en la tan impensada nueva, que hoy se os entró por las puertas del nuevo rey de Portugal, sino que anda Dios juntando y fabricando príncipes por el mundo para defenderos con ellos? La magestad de un rey justo os asiste, la hermandad de otro justificado se os ofrece, la inocencia de una justísima república os ampara, el poder de un Dios sobre todo justo os ha de valer.

90. Acabó el diputado, á cuyas razones los cabos franceses añadieron algunas palabras en abono del afecto de su rey, prometiéndoles en su nombre socorro y descanso. Respiró con esto la plebe del dolor que la oprimia, sin otra diligencia que haber creído sus afectos.

91. Luego los cabos ó gobernadores de las armas mandáron que la infantería de los tercios principales guarneciese toda la muralla, era en número suificiente á mayores defensas. El regimiento del Serriñan ocupó las puertas, y con particularidad se le encargó la defensa de la medialuna del portal de San Antonio, la de mayor riesgo. Los capitanes de caballos franceses y catalanes, Monsieur de Fontarelles, Monsieur de Bridoirs, Monsieur de Guidane el de Sagé y el de la Talle, D. Josef Dardena, D. Josef de Pinós, Henrique Juan, Manuel de Aux y Borréllas, todos á órden del Serriñan, formáron sus batallones haciendo frente al enemigo en aquel llano que yace junto á los caminos de Valdoncellas y el Crucero. Previniéronse las baterias en todo el círculo de la muralla: separóse á una parte alguna gente para el socorro del fuerte, y en otra las reservas con que se habia de acudir á la misma ciudad. Facilitóse el modo de municionar la gente, empleando en este servicio la inútil: á otros se dió cuidado de retirar los muertos. Abriéronse los hospitales y casas de devocion. Algunos entendian en el regalo y esfuerzo de los otros acariciándolos (como sucede al cazador regalar el lebrél por echarle á la presa). Algunos se ocupaban en incitar al vulgo con altos gritos, quales prometian premios al que se señalase en el valor y resistencia. En medio de estos no faltaban muchos que temian y lloraban; en fin todos ocupados en la incertidumbre del suceso, el que mas le esperaba feliz, no dexaba de mirarle contingente. Los templos patentes al pueblo, aseguraban á todos misericordia.

92. Continúabase lentamente la marcha del ejército, y con mas vivo paso el trozo de la vanguardia destinado á la expugnacion de Monjuich, pero habiendo llegado á los molinos, hizo alto: el segundo trozo, volviendo el frente á la ciudad estúvose, y á su mano izquierda la artillería y la caballería en sus puestos señalados en la forma que atras hemos escrito.

93. Subia la vanguardia al monte, donde habiéndose ya mejorado en alguna parte el primer batallon,

que constaba de los dos esquadrones volantes, se dividió á los dos caminos que cada qual habia de seguir: los otros de aquel mismo trozo, formando un solo cuerpo, pretendieron subir la eminencia; con asaz trabajo de los soldados lo podian conseguir espaciosamente.

94. Pero porque nos sea mas fácil dar á entender la disposicion de la embestida, describiré en este lugar la ciudad de Barcelona, y su Monjuich con toda brevedad posible.

95. Barcelona (dicha de Ptolomeo Brachino) antigua cabeza de su condado y metrópoli ahora de toda la tierra llamada Cataluña, creen sus historiadores ser fundacion de Hércules Líbico; bien que algunos mas atentos á la verdad que á la gloria, juzgan ser obra de Barcino, como su nombre parece lo da á entender. Freqüentáronla y la engrandecieron los Cartagineses y Romanos (que un tiempo la llamáron Favencia), no ménos los Godos, por la comodidad que ofrecia su puerto al comercio del África, Italia y España. Agro Laletano decian los antiguos á la campaña, donde yace tendida en una vega no muy dilatada; pero hermosamente cubierta y abundante, que se comprehende entre los dos rios Llobregat, que es el Robricato á la parte del poniente y Besós, que fué el Bétulo, á la de levante y aunque no muy vecinos, sirven de fertilizar su tierra. Cíñenla en forma de arco mas de medianamente corvo unas montañas, terminadas de una y otra punta en la mar, que puede servir de cuerda al arco de las serranías por la línea de su horizonte, el qual cierra el arco de un extremo á otro hácia mediodia. Sube desde el agua por la punta occidental, caminando al septentrion, un promontorio, que despues de parar en una mediana eminencia, va cayéndose de esotra parte en mas dilitada cuesta; este es el monte llamado Monjuich, que algunos quieren signifique monte de Jove, en memoria de que los gentiles habian allí fabricado á su Júpiter aras y templo. Otros le interpretan monte de los judios, por ser en algun tiempo cementerio de aquella gente; séase esta ó aquel. Abriga á la ciudad por aquella parte de la fuerza de los vientos ponientes, y ayuda á su sanidad, reparándola del vapor de ciertas lagunas que están de esotro lado de la montaña; pero quanto sirve á la salud, desordena su defensa. No sube mucho; pero levántase aquella altura que basta para quedar eminente á toda la ciudad, de la qual apartado poco mas de mil pasos, ofrece contra ella acomodada bateria. Guardó aquel sitio sin defensa alguna la confianza, ó la ignorancia de los pasados. Solo habian fabricado en lo mas alto una pequeña torre, que servia de atalaya al mar y puerto; pero rezelosos ya de la potencia del rey, que los amenazaba desde los primeros alborotos, entendieron en fortificar aquella parte dañosa notablemente. Comenzáron la fábrica por industria de personas ignorantes ó difidentes; dispúsose tan grande que pareció imposible de proseguir: paráron con la obra hasta que el temor del ejército despertó segunda vez su cuidado: reduxéron la larga fortificacion comenzada á un mediano fuerte en forma de quadro, defendido de quatro medios baluartes: cortáron lo que pudieron del monte en zanjas y cavas altas, y atravesáronle con algunas trincheras en las estancias convenientes; esta es Barcelona y Monjuich.

96. Eran las nueve del dia, quando el esquadron volante, gobernado por el Conde de Tiron, que subia por la colina opuesta á Casteldefels, atacó la primera escaramuza, aunque el Conde con ánimo bizarro procuraba mas acercarse que ofender, ó defender de las muchas cargas de mosqueteria, con que ya le recibian los contrarios; todavia reconociendo su daño y desigualdad, ordenó á su gente pelease, como le fuese posible.

97. Habian pensado los cabos católicos ántes de la embestida, mucho ménos de la fortificacion de lo que halláron despues: este mismo yerro les sucederá siempre á los fáciles en persuadirse de informaciones del enemigo; era así comun el peligro en todos: á pecho descubierto (ó cureña rasa segun su estilo) se estaban firmes peleando con hombres cubiertos de sus defensas. La tierra propia comunica alientos contra el que pretende ganarla, y puesta delante da ánimo al mas cobarde para defenderse. Esto quisieron decir los antiguos por las ficciones de su Anteo. El que no defiende su patria, ó no es hombre, ó no es hijo.

98. Murió de un mosquetazo por los pechos el Tiron, ilustrísimo Irlandes y firmísimo católico, soldado de larga experiencia, con sentimiento y agüero de los que mandaba, juzgando por infeliz pronóstico la anticipada muerte de su cabo. Sucedia á este esquadron el de Portugueses gobernado por D. Simon Mascaréñas: reparó diestramente en la duda ó espanto de los que no se mejoraban,

pudiendo hacerlo; y habiendo sabido que la causa era la muerte del Maestre de Campo, dexó su puesto y se pasó á gobernar el vacante con bizarro exemplo.

99. No cesaban un punto las cargas de mosqueteria por todas partes, si bien con ménos daño en la que gobernaba el Ribera: era su camino mas acomodado, porque se enderezaba por el fondo de una canal, que entre sí mismo abre el monte, y va á fenecer en el frente de la antigua torre de la atalaya. Como pudo marchar cubierto, no fué sentido hasta que improvisamente dió la carga sobre todos los que defendian lo alto de la colina.

100. Apénas habia llegado á su nuevo lugar el Mascaréñas, quando mandó avanzar al esquadron, que aflojando por la muerte del Conde, y muchos otros que de continuo caian en tierra, habia perdido buenos pasos: ayudóles la ocasion, porque á este mismo tiempo se descubria ya otro esquadron, que gobernaba el Sargento mayor D. Diego de Cárdenas y Luson por su Maestre de Campo Martin de los Árcos, que de pocos dias habia muerto: alentáronse uno á otro, y prosiguieron la embestida con grande aliento. Era práctico el Cárdenas, y reconociendo el lugar, mandó mejorar algunas mangas de mosqueteria, que revolviéndose sobre el costado derecho, daban la carga por las espaldas á los Catalanes, y defendian las trincheras de la colina, donde el Mascaréñas llevaba el frente; pero ellos conociendo su peligro, puestos en retirada, se fueron al abrigo de su fuerte, dexando los puestos no sin considerable pérdida de los Españoles. Fué muerto el Sargento mayor Cárdenas, que retiráran pasado de dos balazos, y el Maestre de Campo D. Simon herido dichosamente en la cabeza: muriéron otros capitanes y soldados, dexando á los suyos mas gloria que utilidad, porque habiéndolo ganado con gran peligro y afán, hubieron de perderlo luego, retirándose fácilmente del puesto.

101. Guarnecia la estancia de Santa Madrona y San Ferriol por los Catalanes el Capitan Gallert y Valenciá, con ménos cuidado de lo que pedia la ocasion, y así recibieron los avisos de su descuido por las mismas bocas de los mosquetes contrarios. Comenzó á inquietarse la gente, ayudándoles para el susto el peligro y la novedad; pero los capitanes haciendo (por fuerza) volver las caras á los suyos, mandáron darle la carga; no los dexó el temor obrar, ni obedecer mas que á su misma violencia: cumplieron los dos su obligacion; mas ni su exemplo, ni las voces fueron bastantes á detenerlos. Viendo el Valenciá su peligro, hizo como se retirasen con algun concierto, y dexándolos ya seguros, subió á pedir al Aubiñí les socorriese con alguna gente práctica, porque mezclada con la suya, sirviese como de corazon al cuerpo de sus naturales,

102. En medio de esto, habiendo reconocido el Seriñan que las tropas del San Jorge se asentaban en aquel puesto, solo á fin de embarazar todo el socorro y retirada de la gente de Monjuich, quiso ver si podia inquietarlo y moverlo, porque entónces le quedase mas acomodada la empresa.

103. Ordenó al capitan Aux, que con algunos caballos catalanes y franceses al abrigo de una manga de mosqueteria, saliese á escaramuzar con el enemigo. Acomodó el capitan sus infantes, arrimándolos sobre la márgen opuesta á la caballería del San Jorge, donde, alteándose por aquella parte la tierra, le servia de trinchera. Eran continuas las cargas de los mampuestos, cuyo daño provocaba mas al San Jorge, que no la osadía de los caballos, que le convidaban á la escaramuza: mandó salir algunos de los suyos por entretenerlos; pero los Catalanes advertidamente se retiraban, dexando siempre firme la infantería, porque cada instante se reconocia mas el daño de las tropas Reales.

104. Entónces vino á entender el San Jorge que su salud consistia en desalojar de aquel sitio al enemigo, y que con su caballería, aunque poca, bastaba para tenerle seguro, si una vez se ganase. Avisó al Garay, que mandaba los esquadrones del frente, porque le enviase doscientos mosqueteros para aquel servicio; pero él (en fin hombre agudo) conociendo el suceso, se excusó de mandárselos, diciéndole que sufriese quanto le fuese posible la carga del enemigo, porque si le arrojaba de aquel puesto, habria de ser forzoso ocuparlo al punto con sus tropas; lo que era sin duda de mayor peligro, pues quanto se mejoraba, tanto se descubria mas á las baterias de sus cañones.

105. No se acomodó el San Jorge á su sentimiento: volvió á mandar pedir á los esquadrones mas

cercanos se le enviase alguna infatería: llegó prontamente, y poniéndola en parte acomodada, empezaron á dar tan furiosas cargas al mampuesto contrario, que á pocas rociadas volviéron los Catalanes las caras, retirándose hacia la muralla y medialuna del portal de San Antonio. Pero apenas habian dexado el puesto, quando el San Jorge por no dar lugar á que le ocupasen con mayor poder, movió con los batallones de su vanguardia adelante, y pasó á formarlos en el sitio que el enemigo habia perdido.

106. Viéndole ya tan empeñado el Serriñan, mandó le batiesen con la artilleria: hizose con todo efecto, ántes que él pensase en si podia retirarse. Tras de la bateria salieron por escaramuzar con las suyas algunas tropas de la caballería francesa, dándole á entender que en ellas consistia todo su grueso, segun el modo porque le acometian y se retiraban.

107. Era el San Jorge caballero mozo y de gran valor: procuraba engrandecer su nombre, mereciendo en los excesos de la bizarría el anticipado aplauso que ya gozaba entre Españoles, que amaba en extremo: juzgó que la fortuna le habia traído el mejor dia: llevado de esta esperanza, no quiso, ó no supo mirar la incertidumbre. Despachó luego un teniente con aviso al Quiñones, que gobernaba la de las Órdenes (y con sus caballos ocupaba lo mas hondo del valle por cubrir el cuerno izquierdo), para que viendo embestir sus tropas, á cuyo golpe sin duda el enemigo habia de volver, le cortase metiéndose con la cara á Monjuich, y dándole el costado diestro á la ciudad.

108. Con esta diligencia, creyendo no faltaba otra para la victoria, mandó prevenir toda su gente para la embestida. Continuaba el Aux en inquietarle, quando el San Jorge, recibiendo la carga, corrió á toda furia.

109. No cesaba el juego de la mosqueteria de todas las defensas con mas daño que horror, ni el de las baterias con mas horror que daño: uno y otro bastante á detener á quantos con ménos aliento, ó con mas cordura veian aventurar sus vidas desesperadamente. Moviéronse todos con el San Jorge; pero acompañóle solo su batallon de corazas, y el que gobernaba Filangieri: corrian con tanto ímpetu, que el desdichado Duque no tuvo lugar de advertir el poder de su contrario, ni la falta de los suyos: corrió en fin como quien corria á la muerte dando entre todos señaladas muestras de su gran aliento.

110. Hallábanse en sus puestos los Monsieures de la Halle y de Godenés con dos buenas compañías de caballos franceses, que advirtiéndole la ceguedad de los Españoles, y los pocos que ya seguian sus cabos, volviéron sobre ellos con gran destreza y valentia. Encendióse bravamente la escaramuza al mismo paso que en los unos iba faltando la esperanza de la vida, y en los otros crecia la de la victoria.

111. El San Jorge ya como perdido, viéndose seguir de pocos y entre todo el poder de su enemigo, procuró revolverse con ellos, y hacer con ellos la entrada por la puerta de la ciudad, creyendo que ántes le socorreria el Quiñones, que por instantes aguardaba; pero él, que desde luego reconoció el peligro de su pensamiento, no se dispuso á remediar el daño, por no entrar tambien á parte con él. Miraba desde su puesto la tragedia del otro: ellos dicen que la ignoraba; pero su templanza pareció aquel dia excesiva cordura.

112. Prosiguió el San Jorge su desigual escaramuza hasta llegarse á la mosqueteria de los reductos de afuera, con que se defendia la puerta, y siendo conocido por el hábito (y mas lo pudiera ser por el valor), tiráronle muchos, y le acertaron cinco balas, de que cayó en tierra mortalmente herido. Cargaron á socorrerle hasta veinte soldados de los suyos, parientes y amigos, y algunos otros oficiales; señalándose entre ellos el Filangieri, y recibiendo muchas heridas todas mortales, aunque mas dichosas.

113. Muriéron noblemente sobre el cuerpo de su caudillo al golpe de espada los capitanes de caballos D. Mucio y D. Fadrique Espatafóra, y D. Garcia Cavanillas. Los golpes, el estruendo, el humo, el clamor y sangre, mezclados confusamente, los vivas de los que triunfaban, los ayes de los que morian, todo formaba una constante lástima de sus malogrados años y esperanzas.

114. Algunos que le seguian, llamados quizá del mismo peligro, viéndole ya perder la vida, se contentáron con escapar su cuerpo desangrado: rompiéron furiosamente por entre los Franceses, que admirados ó coléricos, cargaban sobre los rendidos; tuviéron lugar entónces de retirarle lánguido y casi muerto, en cuya compañía pudo tambien escaparse el Filangieri.

115. Estaba á media ladera de la montaña el Torrecusa quando vio mover intrépidamente el hijo: no dexó de temer su resolucion; pero alegróse internamente de tenerle por compañero en la victoria que esperaba: alzó la voz, y arrebatado del afecto natural de padre (bien que distante), dicen que dixo: *Ea Carlos María, morir ó vencer: Dios y tu honra*. Palabras cierto dignas de un grande espíritu.

116. Subió despues á las trincheras donde por instantes recibia avisos de los malos sucesos, y los remediaba, segun le era posible. Hallábanse los tercios ocupando y ciñendo ya casi toda la eminencia, y los que mas perdian, eran aquellos que mas habian ganado, porque quanto llegaban á descubrirse mas presto, daban mas tiempo á los contrarios de emplear en ellos sus baterias. Caian cada instante por todos los esquadrones muchos hombres muertos: otros se retiraban heridos: ya ninguno esperaba la hora de la victoria, sino la de la muerte; ni su consideracion se ocupaba en el modo de pelear con reputacion, sino de escaparse con ella. Tal era el daño; en los grandes riesgos pocos discursos abrazan la osadia.

117. No fué menor el espanto de los Catalanes, viéndose en tan corto número mal defendidos de una sola fortificacion, ocupada en torno de las banderas enemigas. Diéron señales á la ciudad, segun habian concertado, pidiéndole socorros, porque de aquella misma detencion que en los Españoles era ya duda, se temian ellos, pensando que descansaban para volver al asalto con mayor brio. Hacian grandes humaredas (de polvora humedecida, segun uso de la guerra); correspondian los de la ciudad con otras no ménos conocidas.

118. Miéntras en Monjuich se combatia de esta suerte, los que hacian frente á Barcelona, tambien procuraban inquietarla con baterias de sus cañones y algunas mangas, que sacaban cubiertas, segun el terreno permitia, por desalojar al enemigo de la muralla.

119. Gobernaba la artillería en la ciudad el capitán Monfar y Sorts, hombre práctico en este ministerio: no descansaba de trabajar en aquellas baterias, que mejor podian ofender los esquadrones contrarios, empleó algunas, todas en gran daño de los Españoles, que reconociendo cada vez mas la resistencia de la plaza y fuerte, á gran priesa desconfiaban del suceso.

120. Hallábase la ciudad mas alentada, viendo que tan contra su temor el enemigo se detenia, añadiéndosele de ánimo y de esperanza todos los espacios de tiempo que se veian perder. De esta suerte se peleaba con bravo aliento, y de esta suerte se esperaba el combate universal firme cada uno en su puesto, quando los cabos advertidos de las señales de Monjuich, comenzáron á mandar se entresacase gente de guarnicion para el socorro del fuerte, no fué pequeña duda entónces, porque qualquiera pretendia ser el primero, corriendo desordenadamente á aquella parte, por donde habia de salir el socorro. Venció la diligencia y autoridad del diputado y los que le seguian, la dificultad en que les ponía su mismo efecto; y así separando de todos cerca de dos mil mosqueteros, la gente mas ágil, para que pudiese llegar con prontitud, se despachó el socorro á buen paso por el camino encubierto que va desde la ciudad al fuerte, al mismo tiempo que la gente conducida de la ribera desembarcaba al pie de su montaña, y la subia.

121. Habian los Reales (que combatian arriba) muchas veces acercado y retirado sus esquadrones, conforme la resistencia con que los recibian. Algunas veces, segun era el aliento de los capitanes que gobernaban las escaramuzas, se juntaban tres y quatro, y con inútil gallardía corrian hasta tocar las mismas defensas y trincheras del enemigo: otros oprimidos del espanto y del riesgo se retiraban. En estas ondas parece que fluctuaba su fortuna de estas y aquellas armas, ó por mas alto modo, en estos visos mostraba la providencia como á su disposicion estaba el castigo de unos y otros, pues con tanta diferencia los movia, ahora pareciendo estos los vencedores, y ahora mudando toda la apariencia del suceso por bien pequeños accidentes.

122. En esta neutralidad llegó el Torrecusa, que engañado entendía después de ver mover al hijo, no le faltaba otra cosa que acabar con el fuerte para alzar el grito de la victoria. Y viendo los soldados con desmayo y aun los otros cabos sin orgullo, dió voces, incitándolos al acometimiento. Persuadiéronse con la presencia y autoridad del que los mandaba, y se mejoraron hasta que por todos fué reconocido ser el asalto imposible por falta de escalas y otros instrumentos, con que el arte lo facilita. Hallábase en aquella parte del fuerte un artillero catalán diestrísimo en su manejo, el qual viendo que el enemigo se le acercaba tanto, dió fuego á un pedrero grueso alojado en uno de los flancos del fuerte, que defendía todo aquel lienzo donde los Reales hacían el frente. Fué grandísimo el daño que recibió la vanguardia; empero ni por eso perdiéron tierra los Españoles, antes se acercaban cada vez más: con todo, viendo el Torrecusa ya con experiencia como la escalada de aquella vez era imposible sin otras prevenciones, mandó con repetidos avisos al Marqués Xeli, General de la artillería, le enviase escalas en número bastante, porque él no había de baxar, dexando el fuerte en manos del enemigo. Ordenábale también que no parase en las baterías de la ciudad, porque los socorros no subiesen tan prontos; que todo vendría á estorbárselos, si los esquadrones de abaxo hacían semblante de la embestida.

123. Continúabanse las cargas de una parte y de otra, aunque la pérdida de los Catalanes reparados de las trincheras y fuerte era muy desigual á la de los Reales todavía, como también lo eran sus fuerzas; y reconociendo que su deliberación procedía en embestirlos dentro de sus defensas, llegaron casi á desesperar del suceso; no faltando algunos (como es cierto) que ya entre sí platicasen las buenas condiciones de un partido: otros ménos advertidos, con lamentables quejas acusaban y maldecían su desdicha.

124. El Velez con diferente cuidado que el Torrecusa, se hallaba considerando y mirando lo que pasaba en todas partes, y sentía interiormente como hombre cuerdo, que habiendo sido el mayor socorro en que se fiaba la confianza prometida, hasta aquel punto no se reconocía en la ciudad señal ninguna en favor del ejército; ántes una común y firme voluntad á la resistencia.

125. Al sonido de las voces, que cada vez crecía con más desesperación en todos los que esperaban por instantes la muerte, salió á la plaza superior del fuerte el sargento Ferrer, llevado de algún eficacísimo impulso, y con zelo de verdadero patricio procuró entregar la vida por la defensa de su república. Era común en los Catalanes la voz de que todo se perdía, y que el enemigo los asaltaba, quando Ferrer impaciente miraba á un lado y otro por reconocer la parte donde eran acometidos: topó ántes con el semblante de la gente que marchaba de socorro así de la ciudad como de la marina, que ya se hallaba más cerca del fuerte que los mismos esquadrones contrarios. Entónces con nuevo aliento levantó el grito publicando el socorro: volvió sobre sí la gente entre alegre y temerosa, multiplicando sus fuerzas y dilatando su espíritu, de tal suerte, que ellos comenzaron á osar con tanto exceso, como de ántes habían temido.

126. Llegaron los nuevos soldados llenos de valor y envidia unos de otros: comenzaron á dar pesadas y continuas cargas á los Reales, que á pocos pasos de su embestida conocían por el brio del segundo combate, como se fundaba en nuevas fuerzas. Aumentábanse las muertes y peligros por todas partes; en ninguna había lugar seguro; los valerosos eran los más desdichados (si podemos llamar ruin suerte aquella que dispone la gloria y fama): la osadía y constancia eran continuas negociaciones del peligro. El que procuraba adelantarse á los más, en un instante le retiraban en brazos del amigo ó del dichoso: quien pretendía aplauso por sus acciones, ellas mismas lo llevaban más ciertamente á la lástima (de esta suerte engañó á muchos la fortuna en la mesa de Marte). Muriéron lastimosamente D. Antonio y D. Diego Faxardo, entrambos sobrinos del Velez, hijo el primero de D. Gonzalo Faxardo, y nieto el segundo de D. Luis Faxardo, General que fué en el mar Océano, iguales en edad tierna y anticipada desdicha. Otros caballeros y capitanes murieron aquel día, de cuyos nombres no podemos hacer cierta relación; aun en esto les siguió la desdicha, acabar sin esta ceremonia de la fama, que se ofrece á la posteridad como en sacrificio.

127. Á la parte de San Ferriol se habían engrosado los Reales, porque todos embistiesen á un mismo tiempo; pero como para acometer aquella estancia era fuerza descubrirse á las baterías de la ciudad,

quando llegaron á ser descubiertos, fueron bravamente batidos de las culebrinas, que aunque desviadas buen espacio, no dexáron de hacer tan grande efecto, que los Españoles no se atrevieron á pasar con poca satisfaccion del Ribera, que los mandaba.

128. Ningun desaliento ó retirada de los suyos bastaba para que el Torrecusa dexase de forzarlos, porque al mismo instante cobrasen lo que habian perdido. Midiendo el tiempo, queria alojar su gente en parte donde pudiese dar la escalada al mismo punto que llegasen los instrumentos, porque no les faltase el dia (circunstancia tan notable en las batallas); pero como el daño y mortandad era grande, ordenó que aquel esquadron del costado izquierdo, que recibia lo mas furioso de la bateria contraria, se abrigase en unos olivares que estaban á un lado del mismo esquadron.

129. Hallábase ya en aquel bosque de mampuesto el Capitan Cabañas con su compañía, y pretendiendo entrar por esotra parte de él á desalojar los Españoles, fué reconocido su intento de una tropa de caballería Real, que tenia aquel llano, la qual revolviendo por las espaldas de otro esquadron, quiso cortar al Cabañas; pero tambien se lo estorbó la artillería de la muralla, que obligó á volver la tropa, y aun á retirarse del lugar en que ántes estaba, no lográndose por entónces los intentos de estos ó aquellos.

130. Miéntras duraba el combate en Monjuich y la bateria de la ciudad, que el Xeli continuaba con mas furia despues de la órden del Maestre de Campo general, no cesaban los diputados y consellers con toda la gente noble de visitar la muralla y los puestos de mayor importancia en vivísimo cuidado, animando á todos, y prometiéndoles seguro el vencimiento.

131. Constaba su guarnicion de los tercios de sus patricios, que gobernaban los Maestres de Campo Domingo Moradell, Galceran Dusay, Josef Navél. Los cabos y oficiales franceses con extraordinaria fatiga se hallaban en todos los sucesos, unos y otros nuevamente animados, viendo lo poco que obraban sus enemigos en tantas horas de trabajo. Este aliento de los cabos deducido (como suele) á los soldados y gente inferior, brotaba felicísimamente en los ánimos populares; de suerte que en poco tiempo con extraña diferencia ellos en su corazon y en sus obras mostraban no temer el ejército. Habian notado la derrota de la caballería española, y aunque hasta entónces no se entendia cumplidamente su buen suceso, todavia la certeza de no haber perdido ninguna de sus tropas, los habia dado esperanza y alegria.

132. Eran las tres de la tarde, y se combatia en Monjuich mas duramente que hasta entónces, porque la ira de unos y otros con la contradiccion se hallaba en aquel punto mas encendida. Iban entrando sin cesar los soldados á las baterias del fuerte: el que una vez disparaba, no lo podia volver á hacer de allí á largo espacio, por los muchos que concurrían á ocupar su puesto. Afirmase haber sido tales las rociadas de la mosqueteria catalana, que miéntras se manejaba, á quien la escuchó de léjos, parecia un continuado sonido, sin que entre uno y otro estruendo hubiese intermision ó pausa perceptible á los oidos.

133. Confusos se hallaban los Españoles sin saber hasta entónces lo que habian de ganar por aquel peligro, porque ya los oficiales y soldados llevados del rezelo ó del desórden, igualmente dudaban y temian el fin de aquel negocio. Algunos lo daban ya á entender con las voces, acusando la disposicion del que los traia á morir sin honra ni esperanza, como ya deseoso de que no escapase de aquel trance ninguno que pudiese acusar sus desaciertos. No dexaba de oir sus quejas el Torrecusa, ni tampoco ignoraba su peligro; empero entendia que siéndole posible el estarse firme, sin duda los Catalanes perderian el puesto, por ser inalterable costumbre de las batallas quedarse la victoria á la parte, donde se halla la constancia con mas actividad. Instaba con nuevas órdenes al Xeli le enviase instrumentos de escalar y cubrirse; por ventura raro ó nunca visto descuido en un soldado grande, disponerse á la expugnacion de una fuerza, sin querer usar ó prevenir ninguno de los medios para poder conseguirlo.

134. Habia llegado ya aquella última hora que la Divina Providencia decretara para castigo no solo del ejército, mas de toda la monarquía de España, cuyas ruinas allí se declaráron. Así dexando obrar las causas de su perdicion, se fueron sucediendo unos á otros los acontecimientos, de tal

suerte que aquel suceso en que todos viniéron á conformarse, ya parecia cosa ántes necesaria que contingente. Pendia del menor desórden la última desesperacion de los Reales: no se hallaba entre ellos alguno, que no desease interiormente qualquiera ocasion honesta de escapar la vida.

135. Á este tiempo (podemos decir que arrebatado de superior fuerza) un Ayudante catalan (cuyo nombre ignoramos, y aun lo callan sus relaciones), á quien siguió el segundo Verge, sargento frances, comenzó á dar improvisas voces, convidando los suyos á la victoria del enemigo, y clamando (aun entónces no acontecida) la fuga de los Españoles: acudiéron á su clamor hasta quarenta de los ménos cuerdos que se hallaban en el fuerte, y sin otro discurso ó disciplina mas que la obediencia de su ímpetu, se descolgáron de la muralla á la campaña por la misma parte donde los esquadrones tenian la frente. Llevábalos tan intrépidos el furor, como los miraba temerosos el rezelo de los Reales, que sin esperar otro aviso ó espanto mas que la dudosa informacion de los ojos averiguada del temor, y creyendo baxaba sobre ellos todo el poder contrario, palateando las picas y revolviendo los esquadrones entre sí (manifiesta señal de su ruina) comenzáron á baxar corriendo hácia la falda de la montaña, alzando un espantoso bramido y queja universal. Los que primero se desordenáron, fueron los que estaban mas al pie de la muralla enemiga (tan presto el mayor valor se corrompe en afrenta): otros con ciego espanto cargaban sobre los otros de tropel, y llenos de furia rompian sus primeros esquadrones y estos á los otros, y de la misma suerte que sucede á un arroyo, que con el caudal de otras aguas que se le van entrando, va cobrando cada vez mayores fuerzas para llevar delante quanto se le opone, así el corriente de los que comenzaban á baxar atropellando y trayéndose los mas vecinos, llegaba ya con dobladas fuerzas á los otros, por la qual los que se hallaban mas léjos, llevaron el mayor golpe. Unos se caian, otros se embarazaban, quales atropellaban á estos, y eran despues hollados de otros. Algunas veces en confusos y varios remolinos, pensaban que iban adelante, y volvian atras, ó lo caminaban siempre en un lugar mismo: todos lloraban: los gritos y clamores no tenian número ni fin: todos pedian sin saber lo que pedian: todos mandaban sin saber lo que mandaban: los oficiales mayores llenos de afan y vergüenza los incitaban á que se detuviesen; pero ninguno entónces conocia otra voz que la de su miedo ó antojo, que le hablaba al oido. Algun Maestre de campo procuró detener los suyos, y con la espada en la mano así como se hallaba, fué arrebatado del torbellino de gente; pero dexando el espíritu á donde la obligacion, el cuerpo seguia el mismo descamino que llevaba la furia de los otros: ni el valor, ni la autoridad tenia fuerza; ninguno obedecia mas que al deseo de escapar la vida

136. Á este primer desconcierto esforzó luego la saña de los vencedores, arrojándose tras de los primeros algunos otros, que hizo atrevidos la cobardia de los contrarios; tales con las espadas, tales con las picas ó chuzos, algunos con hachas y alfanges, no de otra suerte que los segadores por los campos baxaban cortando los miserables Castellanos. Mirábanse disformes cuchilladas, profundísimos golpes é inhumanas heridas: los dichosos eran los que se morian primero, tal era el rigor y crueldad, que ni los muertos se escapaban: podia llamarse piadoso el que solo atravesaba el corazon de su contrario. Algunos bárbaros (aunque advertidamente) no querian acabar de matarlos, porque tuviese todavia en que cebarse el furor de los que llegaban despues: corria la sangre como rio, y en otras partes se detenia como lago horrible á la vista y peligroso aun á la vida de alguno, que escapado del hierro del contrario, vino á ahogarse en la sangre del amigo.

137. Los mas sin escoger otra senda que la que miraban mas breve, se despeñaban por aquellas zanjas y ribazos, donde quedáron para siempre: otros enlazados en las zarzas y malezas se prendian hasta llegar el golpe: muchos precipitados sobre sus propias armas, morían castigados de su misma mano: las picas y mosquetes cruzados y revueltos por toda la campaña era el mayor embarazo de su fuga, y ocasion de su caída y muerte.

138. No se niega que entre la multitud de los que vergonzósamente se retiráron, se halláron muchos hombres de valor desdichada é inútilmente: algunos que muriéron con gallardia por la reputacion de sus armas, y otros que lo deseáron por no perderla; sin guiar dicha y virtud han menester los hombres para salir con honra de los caos, donde todos la pierden, porque el suceso comun ahoga les famosos hechos de un particular, todavia esta razon no desobliga á los honrados, bien que los aflige.

139. El Maestre de Campo D. Gonzálo Faxardo salió herido considerablemente; con todo era su mayor riesgo la muerte del hijo único, que dexaba en tierra. D. Luis Gerónimo de Contréras, D. Bernabé de Salazar y el Isinguien, todos iguales en puestos al Faxardo, sacáron mas que ordinarias heridas con otros muchos oficiales y caballeros, que no pretendemos nos sean acreedores de su gloria, si ella no pudo adquirirse en tan siniestro día para su nacion.

140. Las banderas de Castilla, poco ántes desplegadas al viento en señal de su victoria, andaban caidas y holladas de los pies de sus enemigos, donde muchos ni para trofeos y adornos del triunfo las alzaban; á tanta desestimacion viéron reducirse. Las armas perdidas por toda la campaña eran ya en tanto número, que pudiéron servir mejor entónces de defensa, que en las manos de sus dueños, por la dificultad que causaban al camino: solo la muerte y la venganza lisonjeada en la tragedia española parece, se deleytaban en aquella horrible representacion.

141. Casi á este tiempo llegó al Torrecusa nueva de la muerte de su hijo y los suyos. Recibiola con impaciencia, y arrojando la insignia militar, forcejaba por romper sus ropas; desigual demostracion de lo que se prometia de su espíritu. Los hombres primero son hombres, primero la naturaleza acude á sus afectos, despues se siguen esotros que canonizó la vanidad, llamándolos con diferentes nombres de gloria indigna: como si al hombre le fuera más decente la insensibilidad que la lástima.

142. Llegábanle cada instante tristísimos avisos de la rota, de que tambien pudiéron sus ojos y su peligro avisarlo, si las lágrimas diesen lugar á la vista y la pena al discurso. Desde aquel punto no quiso oír ni mandar, ni permirtió que ninguno le viesse: no era entónces la mayor falta la de quien mandase, porque en todo aquel dia fué mas dificultoso hallar quien obedeciese,

143. Los que estaban abaxo con la frente á Barcelona, miraban casi con igual asombro la suerte de sus compañeros: esperábanlos mas constantes, no por temer ménos el peligro, sino porque llegados ellos tuviesen entónces mejor disculpa á su retirada. Era ya sabida en el campo la pérdida del San Jorge, y en esta noticia fundaba mas su temor que en ningun otro accidente.

144. El Velez á un mismo tiempo miraba perderse en muchas partes, y no rezelaba ménos la inconstancia de los suyos, que ya empezaban á moverse, que el desórden de los que baxaban rotos. El peligro no daba lugar al consejo ó ponderacion espaciosa, y así informado de que el Torrecusa habia dexado el mando, llamó al Garay, y le entregó la direccion de todo. No se puede llamar dicha, aunque suele ser ventura, ser escogido para remediar lo que ha errado otro, porque parece que se obliga el segundo á mayores aciertos, facilitándole los medios proporcionados á la felicidad; para esto son mas los hombres dichosos, que los prudentes.

145. Recibió el Garay su gobierno, y fué la primera diligencia ordenar que los esquadrones del frente marchasen luego y á toda priesa hácia fuera, dando las espaldas al lugar de Sans, y que la caballería se opusiese á la gente que baxaba en desórden, con ánimo de pasarla á cuchillo si no se detuviese: con lo qual se podria conseguir que medrosos ellos de los mismos amigos, si quiera por beneficio del nuevo espanto se parasen; que era lo que por entónces pretendia el que gobernaba para poderlos dar aliento y forma.

146. Marchó el Velez con su trozo, llevando la artillería en medio, y el Garay salió á recibir los tercios desordenados, que ni al respeto de su presencia, ni al rigor de muchos oficiales que lo procuraban por qualquier medio, acababan de detenerse y hallar entre los suyos aquel ánimo que habian perdido cerca de los enemigos; ántes con voces de sumo desórden, clamaban: retira, retira. En fin la diligencia del propio cansancio y fatiga, que no les permitia mayor movimiento, les fué cortando el paso ó las fuerzas, de suerte que ellos sin saber como, unos se paraban, otros se caian por tierra.

147. Grande fuera el estrago, si los Catalanes prosiguieran el alcance; pero como habian salido sin otra prevencion mas de la furia, jamas sus pensamientos llegóron á creer que podian conseguir otra cosa que la defensa. No hubo hombre práctico que, viendo arrojar á los suyos, no los juzgase perdidos; esto los detuvo, y fué su mayor dicha de los que se retiraban y su mayor afrenta.

148. Estaba la ciudad con la vista pronta en todas las acciones del fuerte, y habiendo reconocido la retirada de los esquadrones españoles, fué increíble el gozo y alegría que súbitamente se infundió en sus corazones; enfin como aquellos que en una hora desde la esclavitud se veian subir al imperio.

149. Alababan el nombre de Dios con festivos clamores: bendecian la patria, ensalzaban el zelo de los suyos, engrandecian últimamente la gloria de su nuevo príncipe, cuya soberana fortuna tan presto les habia hecho gozar de la felicidad comun de aquella monarquía.

150. El Garay sin perder un punto en el manejo de su defensa, como hombre que verdaderamente ignoraba la ocasion de su derrota, hizo echar bando que todos al instante acudiesen á sus banderas, ó por lo ménos á qualquiera de las de sus tercios que conociesen y ordenó que ellos tomasen la mas breve forma posible de ponerse en esquadron, porque vuelto á componer el ejército, pudiese respirar su espíritu. Consiguíolo, pero tarde con fatiga increíble; y somos ciertos oír de su boca, que fué tan grande aquel trabajo, tan difícil y tan provechoso, que en sola esta accion se habia juzgado digno de gobernar un ejército.

151. Hecho esto se juntaron los cabos, ménos el Torrecusa (que desde el punto que diximos, se excusó del mando, sin haber cosa que le obligase á la templanza); y despues de haber llorado entre todos la muerte de los suyos, y en primer lugar la lástima del San Jorge, discurriéron por los daños ya sensibles entónces al ejército, diciendo: *Que la gente se hallaba en sumo desaliento: que las provisiones faltaban: que la fama de la pérdida no dexaria lugar fiel en todo el pais: que el poder no bastante á ganar un solo puesto quando entero y orgulloso, mal llegaba á combatir una ciudad despues de roto y desmayado: que Barcelona habia de ser socorrida por los paisanos y auxiliares que al Duque de Lú se afirmaba, estaban aguardando por instantes: que las galeras de España lo habian apartado: que D. Josef Margarit (segun las informaciones de algunos naturales) baxaba con la gente de la montaña á ocupar los pasos de Martorell y el Cangost: que el ejército se hallaba con ménos de dos mil infantes y muchos caballos de los con que habia subido, entre muertos, heridos y derrotados: que tambien faltaban algunas personas de los cabos, cuyos lugares debian ser ocupados con gran consideracion: que se habian perdido en todas las compañías mas de quatro mil armas: que con estas mas se hallaba el enemigo para poder resistirse que ni el tiempo, ni la fortuna, ni el estrago daban lugar para que se consultase con el rey su resolucion: que la salud pública de aquel ejército consistia en lo que se acertase y executase ántes de amanecer: que lo mas conveniente era volver á Tarragona con suma brevedad, porque los pasos no se embarazasen, y primero que los de Barcelona saliesen á impedirselo con escaramuzas: que se debian anticipar á las noticias de su desgracia, porque llegasen sin ella á los lugares que dexaban á las espaldas, sin darles ocasion de que con su pérdida los tomasen otra vez, y les fuese necesario volver á ganarlos de nuevo: que desde aquella plaza se podia dar aviso á el rey, y esperar sus órdenes y socorros.*

152. Todo lo escuchaba el Velez suspenso en la consideracion de su fortuna, haciendo en su ánimo firme propósito de no recibir por ella otra injuria. No hubo entre todos alguno que contraviniese el acuerdo, en todo ajustado á lo propuesto.

153. Ocupáronse aquella tarde los Catalanes ya vencedores en recoger los despojos de su triunfo, y entre ellos, como mas insigne, lleváron á la ciudad once banderas españolas, siendo diez y nueve las perdidas del ejército, que poco despues colgáron desde la casa de su diputacion á vista de todo el pueblo, que las miraba con igual saña y alegría: lleváron notable cantidad de todas armas, carros, bagages y pabellones, que servirán a la posteridad como testigos de aquella gran pérdida de Españoles.

154. No se descuidáron un punto de la guardia de su fuerte, ni quisieron pedir mas halagos á su fortuna que la buena suerte de aquel dia: guarneciéronle con nuevo y grueso presidio, habiendo recibido aquella noche mas de quatro mil infantes de los lugares convecinos, como si verdaderamente temiesen el segundo asalto.

155. Estas diligencias, que no pudieron hacerse sin gran ruido de toda la campaña, y alguna artillería que á espacios señalados disparaba la ciudad por tener su gente cuidadosa, servia aun mas

de temor al ejército, que de prevención á los suyos, á quienes el deseo de la consumada victoria tenia alegres y puntuales ordenadamente en sus estancias: todavía inciertos de lo que habian conseguido.

156. Descubrióse al amanecer el fuerte de Monjuich (y sus trincheras) coronado de copiosa multitud de gente que habia subido á notar el estrago de los Reales, de que todavía se hallaban señas recientes en la sangre y cadáveres de sus enemigos. Pero los Castellanos, habiendo temido de su movimiento alguna determinacion de las á que podia convidarles el buen semblante de la fortuna de sus contrarios, obedeciendo á ella, comenzáron á moverse ántes del día la vuelta de Tarragona, tan llenos de lástima y desconsuelo, como los Catalanes se quedaban de honra y alegría.

157. Ántes fué enterrado el San Jorge miserablemente en la campaña: espiró aquella noche, mezclando entre las palabras que ofrecia á Dios, algunas que bien significaban el zelo del servicio de su rey. Acompañáronla muchos otros, cuyos cuerpos esparcidos por la tierra asemejaban un horrible esquadron asaz poderoso, para vencer la vanidad de los vanamente confiados.

158. La pérdida de los naturales fué desigual (bien que murieron algunos), porque como siempre peleáron dentro de sus reparos, no habia tanto lugar de emplearse en ellos las balas enemigas.

159. Marchó el infeliz ejército con tales pasos, que bien informaban del temeroso espíritu que lo movia: caminó en dos dias desengañado, lo que en veinte habia pisado soberbio: atravesó los pasos con temor, pero sin resistencia: entró en Tarragona con lágrimas, fué recibido con desconsuelo, donde el Velez dando aviso al rey Católico, pidió por merced lo que podia temer como castigo. Excusose de aquel puesto, y lo excusó su rey, mandando le sucediese Federico Colona, Condestable de Nápoles, príncipe de Butéra, Virey entónces en Valencia, que poco tiempo despues representó su tragedia en el mismo teatro, perdiendo la vida sitiado por Franceses y Catalanes en Tarragona.

160. No paráron aquí los sucesos y ruinas de las armas del rey D. Felipe en Cataluña, reservadas quizá á mayor escritor, así como ellas fueron mayores. Á mí me basta haber referido con verdad y llaneza como testigo de vista estos primeros casos, donde los príncipes pueden aprender á moderar sus afectos, y todo el mundo enseñanza para sus acontecimientos.

Francisco Manuel de Melo, Historia de los movimientos, guerra, i separación de Cataluña en tiempos de Felipe IV. Llibre V pàg. 53 a 160